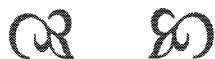


LA BODA



Ayer tuve ocasión de asistir a una boda como Dios manda. Y digo como Dios manda, en el sentido de ser una boda en la que la pareja pasó por la Iglesia antes que por el catre, pues como ya indique en crónica titulada "La fuga", el noventa por ciento de los matrimonios que aquí se forman comienzan fugándose los tórtolos para casarse cristianamente después.

Esta pareja, con la que ayer compartí pan y manteles, lo ha hecho al revés, pasando primero por la Iglesia y dando ocasión a un día de fiesta grande a familiares y amigos.

La ceremonia religiosa ha tenido lugar en la Iglesia de Almendricos y el banquete de celebración en la casa de la novia, que vive como a dos kilómetros del pueblo.

Cuando se celebra una boda de este tipo, con pase previo por la Iglesia, es preceptivo convidar a toda la parentela y amistades de las dos familias para celebrar el acontecimiento a base de comer y beber. Normalmente las bodas se celebran por la tarde y la comilona viene a ser como la merienda



cena de los invitados, a la que sigue después la inevitable sesión de baile. En la boda de ayer calculo que se juntaron más de ochenta personas, una veintena de carros y tres docenas de bestias. Es claro que las bestias no estaban invitadas, pero han tenido que ir a la fuerza tirando de los carros y llevando invitados a lomo.

El carro es el vehículo, aparte de no existir otro, en el que normalmente hacen sus desplazamientos los matrimonios cuando viajan juntos marido y mujer. Es más cómodo que ir subidos en lo alto de una bestia. Además en viajes de boda el carro resulta imprescindible para dar vistosidad al cortejo en el viaje de ida y vuelta a la Iglesia, porque la costumbre es acompañar a los novios al acto de echarles la bendición.

En este caso se ha formado un vistoso cortejo de quince carros en reata que han tomado el camino del pueblo, escoltados por una patulea de mozos montando yeguas y mulas. Los jóvenes prefieren cabalgar en lugar de montarse en los carros, pues así pueden lucirse mejor ante las mozas.

Los dos primeros carros iban adornados con ramajes, flores y mantones de manila. En el primero iba la novia con sus padres y en el segundo el novio con los suyos.

La novia llevaba un vestido de seda negro, peineta y mantilla, y un ramito de florecillas blancas en el pecho. El novio vestía un traje oscuro de rayitas azules y negras, camisa blanca y corbata gris. Iba la mar de elegantísimo.

Debo aclarar que en esta comarca las muchachas no se casan vestidas de blanco y con velo de tul, sino que se casan siempre con traje negro y mantilla. Y conste que esta no es una costumbre propia de la gente del campo, ya que impera también en los pueblos, donde todas las muchachas se casan de negro sea cual sea su posición social. Es una costumbre como otra cualquiera, y que ya que ha salido a relucir yo aplaudo con todo entusiasmo, porque encuentro a las novias vestidas de negro y tocadas de mantilla, más naturales y más graciosas que las vestidas de blanco, que parece que van todas enfundadas en un uniforme hecho en serie.

En la ida hacia la Iglesia observé que en las casas que había situadas más o menos a la vera del camino, había colocados cobertores de cama a modo de banderas, unas veces sobre arbustos a la orilla del camino y otras prendidos entre palos y cañas. Era un testimonio de simpatía y homenaje a los novios que luego, al regreso, tendría la contrapartida de un presente en dulces.

La ceremonia en la Iglesia de Almendricos fue breve, ya que no es costumbre precederla de misa, de forma que nos despachamos pronto y emprendimos la vuelta al cortijo. Fue entonces cuando aprecié el objeto de los cobertores colocados a modo de bandera en las casas que jalonaban la ruta. Si a la ida no había gente al lado de los cobertores, a la vuelta si había mujeres y chiquillos

esperando a la orilla del camino para ver a los recién casados y darles la enhorabuena. Paraban los carros para cambiar saludos y parabienes, y la madrina, que ya iba preparada para el caso, entregaba a las atentas vecinas que habían puesto cobertor un envoltorio de papel lleno de dulces. Y así, unas tras otra, fueron recibiendo el presente de papelón de dulces todas las casas que habían testimoniado su simpatía colocando cobertores.

En el cortijo, mientras tanto, ya habían dispuesto todo lo necesario para la comida. En mitad de la era, que estaba pegada a la casa, habían instalado dos mesas larguísimas, formadas con mesas de cocina unidas con tablas de amasar el pan. Supongo que para lograr tal construcción debieron hacer una requisa general de mesas y tablas de amasar en los cortijos del contorno. Lo mismo debieron hacer con las sillas, pues las había de todas las hechuras y tamaños.

A modo de mantel, habían cubierto las largas mesas con pliegos de papel blanco. No había platos sobre ellas, pero sí vasos grandes, de los de agua, y algunas servilletas. De trecho en trecho aparecían montones de pan cortado a rebanadas. Este parco servicio de mesa era más que suficiente para la comida que se iba a servir, que consistía simplemente en carne de cordero frita.

Habían matado cinco corderos gordos, los habían partido a trocitos y los habían frito en grandes sartenes, con buen avío de aceite y ajos, hasta dejar la carne dorada. Cuando los convidados terminaron de acomodarse en las mesas, comenzaron a sacar platos de olivas y fuentes de carne frita que fueron distribuyendo a distancia más o menos regular, de modo que junto a cada montón de rebanadas de pan cayó una fuente de carne y un plato de olivas.

No hacían falta tenedores, que normalmente no se usan en el campo. Los invitados cogían la rebanada de pan con una mano, y con la otra trincaban trozos

de carne de la fuente, y a comer a dos carrillos, remojando la mezcla de carne, pan y olivas, con buenos tragos de vino tinto. Como no había vasos suficientes para que cada cual tuviese el suyo, un mismo vaso daba servicio a varios comensales.

Hubo carne frita para echar a los chinos, como suele decirse por aquí para expresar la abundancia de una cosa. La gente se hartó de comer carne y sobró para hacer otro banquete. Pero no acabó aquí la cosa, porque a continuación comenzaron a sacar fuentes colmadas de dulces y botellas de anís y coñac, colocando en cada tramo de mesa una botella de cada clase de bebida, una fuente de dulces y dos copas. Con las copas pasaba igual que con los vasos, que no había suficientes y tenían que beber varios en la misma. Pero es muy corriente en el campo y nadie hace ascos a beber en el mismo vaso.

En resumen, y como dijo el poeta de esta tierra: - Hubo abundancia de todo como si fuera una boda- Sobraron también dulces y licores, y puros Farias,

pues al tiempo de servir los dulces, los novios por un lado y los padrinos por otro, recorrieron las mesas distribuyendo puros a todos los hombres. A las mujeres y a los chiquillos les repartía la madrina caramelos.

Terminada la comida, se organizó en la misma era el inevitable baile con música de guitarras y bandurrias. El mocerío se hartó de bailar parrandas, malagueñas y jotas, y cuando ya empezó a oscurecer, comenzó la desbandada de gente y cada mochuelo se fue a su olivo, no sin antes despedirse muy cumplidamente de los novios y de los padres.

Observé el detalle curioso de que al despedirse, casi todos los matrimonios recibían de los padres un papel envolviendo unos cuantos dulces. Luego me explicaron que estos dulces iban destinados a las personas de la familia que no habían podido asistir al festejo, para que de esa forma tuvieran un presente del fausto acontecimiento, lo cual me pareció un gesto muy simpático.

